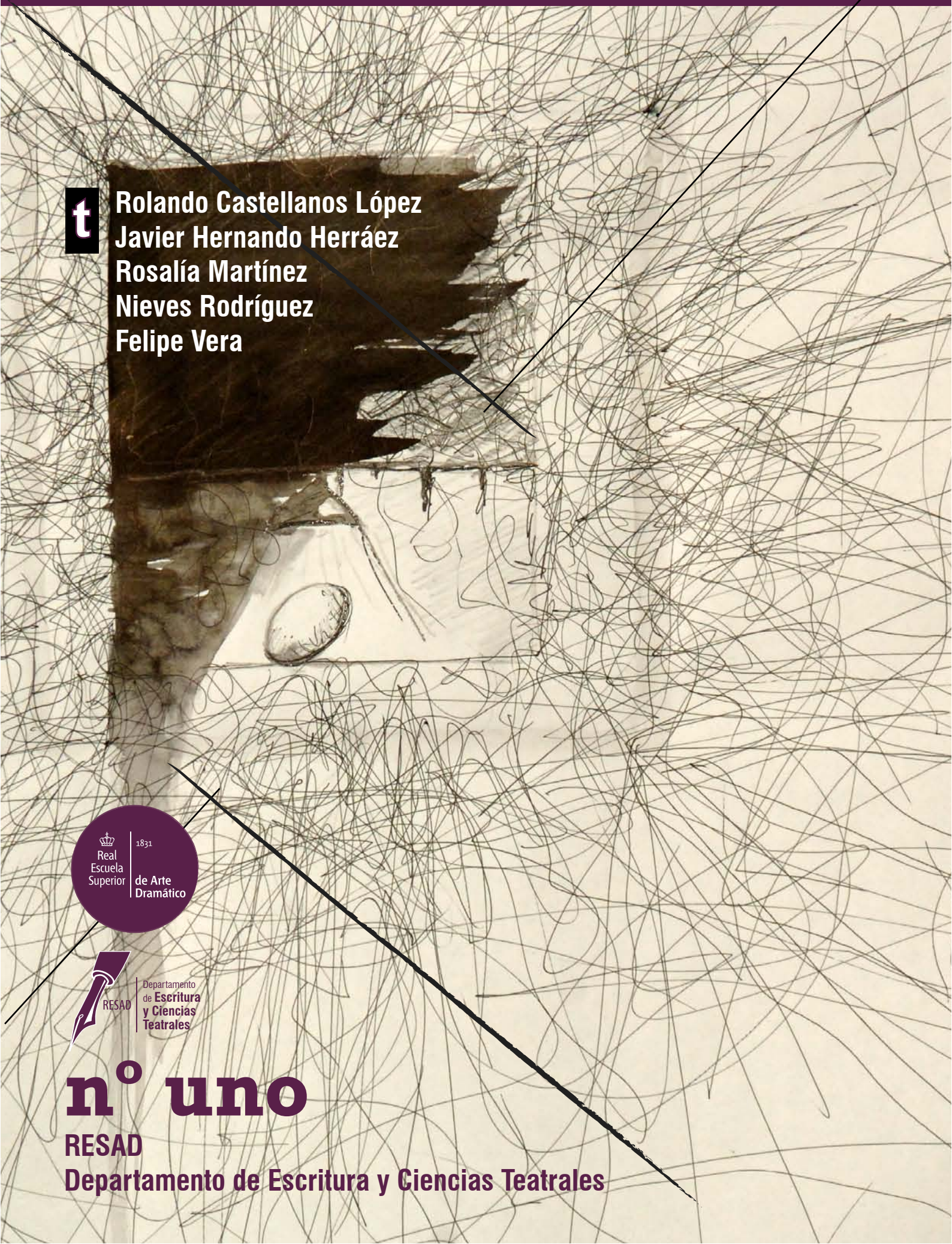
teatro-mínimo



Rolando Castellanos López
Javier Hernando Herráez
Rosalía Martínez
Nieves Rodríguez
Felipe Vera

Real Escuela Superior de Arte Dramático 1831

RESAD Departamento de Escritura y Ciencias Teatrales

nº uno

RESAD
Departamento de Escritura y Ciencias Teatrales

Directora: Yolanda Pallín
Consejo Editorial: Yolanda Pallín, Itziar Pascual y Pedro Víllora

© RESAD
© Rolando Castellanos López
© Javier Hernando Herráez
© Rosalía Martínez
© Nieves Rodríguez
© Felipe Vera

ISSN 2254-5999

ÍNDICE

Prólogo, Ángel Martínez Roger 05

Una actitud cambia el mundo, Itziar Pascual 07

Una modesta ambición, Yolanda Pallín 09

TEXTOS

Escena diferida, Rolando Castellanos López 11

La fábrica de rosas, Javier Hernando Herráez 27

La fiesta, Rosalía Martínez 37

Cuerpos imán, Nieves Rodríguez 51

Columpio, Felipe Vera 61

Prólogo

La aparición de una nueva línea de publicaciones en la Resad demuestra la incesante actividad de nuestra institución. Es de nuevo el Departamento de Ciencias y Escrituras teatrales quien nos ofrece este *Teatro mínimo* como esencia destilada en un macerado y reposado alambique de fertilidad. Pura satisfacción ver el resultado de estos jóvenes dramaturgos que comenzaron su andadura en nuestras aulas. Después de tres largos lustros de desarrollo pedagógico y elaborado pensamiento la Especialidad de Dramaturgia obtiene desde hace algún tiempo el reconocimiento pleno de sus resultados a través de los numerosos premios obtenidos por brillantes egresados. Es ciertamente abrumador el número de galardones de prestigio que cada año recogen los alumnos en múltiples certámenes a lo largo de nuestro país. Este hecho ejemplifica el buen hacer de un proceso formativo que abona y enriquece el acervo cultural del joven autor al tiempo que protege y estimula su individualidad creativa. El trabajo sostenido, el sentido de la responsabilidad, el compromiso en el pensamiento elaborado y la valentía creadora son los generadores responsables del talento. Promoción tras promoción, lo vemos, lo constatamos y lo disfrutamos. Mis felicitaciones a Rolando Castellanos, Javier Hernando Herráez, Rosalía Martínez, Nieves Rodríguez y Felipe Vera. La Resad tal vez sea unos de los centros culturales de nuestra nación donde más dramaturgia contemporánea se escriba y se estrene. Este hecho es una gran satisfacción para todos los que día a día hacemos esta realidad académica posible. Gracias al Departamento en su conjunto y a Itziar Pascual como actual responsable. Enhorabuena a nuestra profesora Yolanda Pallín, por pilotar sabiamente esta nueva edición digital y con ello, velar y seguir creando escuela.

Ángel M. Roger
Director de la RESAD

Una actitud cambia el mundo

El título de estas breves líneas no me pertenece. Es de María Zambrano, una mujer que aspiró a encontrar ese "otro pensar" que es capaz de "deshumillar todas las cosas". Zambrano creía que la vocación es aquello que, aún queriendo, no puede dejarse de ser. Y sospecho que eso es, exactamente, lo que les ocurre a los dramaturgos que hoy presentan sus líneas a los lectores.

Rolando Castellanos, Javier Hernando Herráez, Rosalía Martínez, Nieves Rodríguez y Felipe Vera son dramaturgos; aquí están sus palabras, sus imágenes, sus preguntas. Son, además, los primeros caminantes de una travesía que, esperamos, sea rica en descubrimientos y experiencias. Ellos nos permiten zarpar en este primer número de *Teatro Mínimo*, bajo la sabia guía de Yolanda Pallín. Y nos permiten inaugurar una experiencia deseada por el Departamento de Escritura y Ciencias Teatrales, pero no realizada hasta ahora: la edición digital para los alumnos de la especialidad de Dramaturgia de la RESAD.

Teatro Mínimo nos permite acariciar los territorios del teatro de escenas punzantes, intensas, brevísimas, territorios preciosos a la experiencia actoral y a la investigación, a la lectura y al placer de la escena. Nos permite constatar la dificultad extrema de proponer personajes que vienen a proporcionarnos transgresión y desobediencia. Personajes que nos siguen recordando que el cambio, además de necesario, es posible, y que una actitud cambia el mundo.

Es un placer, como Jefa del Departamento de Escritura, participar en el inicio de este camino, agradeciendo siempre a todos cuantos han aportado su amor al teatro, a las imágenes y a las palabras. A los dramaturgos, claro, pro también al equipo de Publicaciones de la RESAD y al profesorado del Departamento de Escritura, que ha hecho posible este primer número de *Teatro Mínimo*.

Itziar Pascal
Jefa del Departamento de Escritura y Ciencias Teatrales

Una modesta ambición

A. -Conflicto... Interacción. ..
B.- ¿Protagonista? ¿Antagonista?
A.-Objetivos.
B- Sí, y estrategias.
A y B.- ¡Receptor implícito! ¡Aaah!
(Anónimo)

En clase de escritura dramática nos comemos y nos desayunamos con este tipo de diálogos. Nos reímos; y de vez en cuando soltamos alguna lagrimita.

Pensamos. Imaginamos. Soñamos. Abrimos la caja de herramientas. Y afilamos el sílex.

Entre el arte y la artesanía pretendemos disfrutar, y disfrutarnos, y que ustedes nos disfruten. Y eso es algo grande.

Somos ambiciosos. Queremos contarles la realidad, como los griegos. Como los clásicos. Como los grandes. Darle bocados a la realidad para poder después cantar sus bellezas, y sus miserias; para dar nombre a sus glorias e infortunios.

Les ofrecemos, en pequeñas dosis , una serie de historias completas, pero nunca colmadas; nunca, hasta que se consumen en otras miradas, con las voces, y gestos, y acciones que sus autores destilaron en palabras.

Les ofrecemos teatro para minutos escasos, pero no tenemos prisa. Pasión, sí.

Recuerden que lo menos es más; que las pequeñas acciones generan grandes movimientos; y que el movimiento, independientemente del tamaño, se demuestra andando. Empezamos.

Abrimos una nueva ventana al mundo. Tendemos una cuerda y en ella colgamos estas escenas que son obras, modestas pero no del todo humildes.

La abrimos gracias al entusiasmo de Itziar Pascual, Jefa del Departamento de Escritura y Ciencias Teatrales de la RESAD y de Emeterio Diez, Jefe de Publicaciones de la RESAD: primero fue nuestra página web y ahora este espacio de futuro. Ellos han creído y nos han ofrecido un camino que deseamos transitar.

Los textos que ahora editamos proceden del trabajo en el aula, por ello, por estos estudios de Dramaturgia cuya médula sigue siendo la Escritura Dramática no puedo dejar de mencionar a José Luis Alonso de Santos; y agradecer su empeño.

Y por último, un reconocimiento especial a José Sanchis Sinisterra, que nos dota de tantas herramientas y no poca inspiración. Bailemos en cadenas, maestro.

Yolanda Pallín
Directora de *Teatro Mínimo*

Escena diferida

Rolando Castellanos López

9. *Escena diferida*, Rolando Castellano López

Personajes:

Yolanda

Esperanza

(Escenario que representa un apartamento estudio. El salón es amplio dividido en dos espacios. En el lado de la izquierda del espectador, se encuentra un juego nuevo de muebles muy moderno, aún con el envoltorio plástico. El sofá está frente al público y a cada uno de sus lados aparecen colocadas dos butacas a juego, en medio una mesa baja rectangular donde hay un cenicero. Una estantería con diferentes compartimentos y cajones está colocada en la pared de la izquierda. Está ladeada con el objetivo de que sea perfectamente vista por el espectador. En el centro del segundo piso del mueble se encuentra una imagen de la virgen de la Caridad del Cobre (patrona de Cuba). Está vestida con una capa dorada muy hortera. Al lado del mismo, más cercano a proscenio, están colocadas dos viejas butacas tapizadas en damasco, una está encima de la otra. En el lado derecho aparece montado un estudio de pintura, se encuentran en él tres caballetes y muchos cuadros recostados a la pared, uno sobre otro; además de otros que se ven aún sin acabar. Sobre una mesa que está al lado se encuentra un gran ramo de flores frescas, son girasoles entremezclados con ramas de romero y albahaca. Pinceles, paletas de pintor, botes y tubos de pinturas, diluyentes y todo tipo de implementos de pintura están dispersos sobre la mesa.

Es verano, la estancia tiene grandes ventanales por los que entra una fuerte cantidad de luz. Todo tiene aspecto de estar puesto de forma provisional. Se percibe un desorden que nos sugiere que ha habido una mudanza. Colgados en las paredes que se encuentran entre los espacios de las ventanas hay cuadros, maracas, máscaras de vudú, una foto del Che Guevara y una gran serigrafía de "Las señoritas de Avignon" de Picasso. Una puerta al final conduce a lo que sugiere ser la cocina.

En el centro del salón, cerca de proscenio, hay varios utensilios de limpieza, una bayeta, una fregona y su cubo. A la derecha del escenario se encuentra la puerta de salida y detrás de esta un perchero del que cuelgan bolsos.

En la escena se encuentra Yolanda, *una chica negra de unos 27 años. Está arrodillada frente a la virgen. Viste un pantalón vaquero muy corto y ajustado, también una camiseta roja de tirantes que no le llega al ombligo. Su pelo está peinado con trenzas muy finas. A su alrededor en el suelo, vemos muchos botes pequeños, un trozo de papel, y en sus manos un mortero con su mano.)*

Yolanda.- (*Mientras tritura con vehemencia mirando la imagen de la virgen.*) ¡Ay, Ochún!, te he traído cruzando el Atlántico para que detengas las malas intenciones de esa señora, haz que nos deje de una vez en paz a su hijo y a mí. (*Se da la vuelta y coge uno de los botes y lo vierte dentro del almirez.*) Aquí tienes mi santa, un poco de zumo de caña de azúcar para que endulces su mente y no predisponga a Sergio contra mí... (*Dubitativa.*) Esa bruja es muy capaz de venir y estropearlo todo. Lleva años deseando que rompa con él, pero ahora que estoy tan cerca del matrimonio, vamos, ni muerta. (*Mira nuevamente a la imagen.*) Doblega su mente, enfría sus malas

intenciones. (*Con gran nerviosismo casi en trance, enciende una vela que está en el suelo y comienza a verter un bote, y otro, y otro dentro del almirez. Sofocada, con mucha vehemencia. Cada vez que echa algo, lo describe y pide.*) Aquí tienes, pimienta para que se aleje... pelo de gato y de perro para que empeoren las relaciones entre ellos y no se hablen más... (*Cada vez más alterada, coge el trozo de papel y lo pone dentro del recipiente. Grita.*) ¡Aquí está escrito su nombre! Esperanza Cansina, y por último le echo este pegamento para que le pegues la lengua y no hable tanto ¡coño! (*Mientras hace reverencia moviendo el torso cada vez más rápido, yendo de arriba abajo pegando la frente en el suelo a modo de reverencia. Con ímpetu.*) Por favor, Ochún, por favor, por favor. (*Se siente que alguien llega al descanso de la escalera.* Yolanda *queda estupefacta, mira desde abajo a la imagen.*) Que no sea ella por dios, que no sea. (*Finalmente coge un poco de miel con el dedo y se mete la mano dentro del pantalón tocando su sexo. Se pone de pie y mira fijamente a la figura. Solemne.*) Y ahora lo más grande. Te pido que esta miel que me pongo, haga que Sergio se enchoche todavía más con esta negra. Si me ayudas no te pesará, te mataré un pollo tomatero como ofrenda.

(Se levanta súbitamente y esconde los botes debajo del mueble, apaga la vela y la pone detrás del equipo de música, pero olvida guardar el almirez. Se acerca a la puerta intentando escuchar algo. Alguien intenta abrir la puerta, se escucha sonido de llaves. Acerca con sigilo su oreja a la puerta y de repente alguien da un fuerte golpe que la asusta. Mira por la mirilla la cual limpia una y otra vez. Se pre signa. Mientras logran entreabrir la puerta. Yolanda *empuja con fuerza y logra cerrarla nuevamente. Sofocada ejerce presión con su cuerpo para impedir que se abra.)*

Yolanda.- (*Sofocada.*) ¡Mi suegra! ¿Qué hago dios mío? ¡Puta bruja!

Esperanza.- (*Desde fuera.*) ¡Abran! ¡Abran la puerta o la echo abajo! ¡Sé que estás ahí, es inútil que te escondas!

*(*Yolanda *continúa empujando, pero* Esperanza *da un golpe con tal fuerza que tira a* Yolanda *al suelo. En la entrada se verá la figura amenazante de* Esperanza*. Es una mujer de unos 70 años muy blanca con pelo canoso y ojos claros, su complexión es fuerte, tirando a gorda.)*

Esperanza.- (*Nada más abrir, alterada.*) Lo sabía, sabía que ya estarías aquí. (*Mirando arriba.*) ¡Si es que yo voy a saber el día que me voy a morir dios mío!... ¿Qué pretendías, no abrirme? (*Muy histriónica, intentando reponerse y sacando un abanico del bolso. Se abanica con mucha fuerza.*) Sabes quién soy. ¿No? Sergio te habrá hablado mucho de mí, supongo.

*(*Yolanda *que desde el suelo la mira, mientras* Esperanza *da vueltas alrededor. De repente* Yolanda *se pone en pie dándole la espalda a* Esperanza *y subiéndose aún más el pantalón, dejando ver parte de sus nalgas. Anda hasta el centro del salón y se agacha recogiendo la bayeta que se encuentra en el suelo.* Esperanza *la observa molesta.)*

Esperanza.- (*Nerviosa.*) Sí, si...no me cabe duda de que sabes quién soy. Aún así te lo confirmo. (*Cierra el abanico y se golpea la palma de la mano izquierda.*) Soy la madre de Sergio... (*Pausa. Espera la reacción de* Yolanda*. Al ver que la ignora vuelve a abanicarse.*) Supongo que no te causa ningún agrado verme aquí... (*Entrando y poniendo un bolso enorme que trae colgado sobre la mesa baja del salón, mientras* Yolanda *hace que cambia cuadros de sitio.*) ¡Uff! cómo pesa, siempre lo tengo que llenar de porquerías para que no parezca un saco vacío. Debí comprármelo más pequeño, pero en las rebajas de Gucci no quedaban más que éstos... (*Pausa.*) A ver... (*Poniendo los brazos en forma de jarra.*) Quiero que sepas que para nada me siento cómoda viniendo aquí, pero como veo que no te has dignado a responder a las cartas que desde hace tres años te he enviado y sabiendo que persistes en tu propósito. (*Gesticulando mucho.*) Hasta el punto de atreverte a instalarte en el piso de soltero de mi hijo. (*Pausa.*) Por cierto, ahora que lo pienso... vosotros allá en tu país no tendrán ni idea de lo que es Gucci.

*(*Yolanda *mira hacia la puerta de entrada y se acerca sugiriendo que alguien puede venir.)*

Esperanza.- Ahórrate las molestias, sé que mi hijo no está por todo esto. ¿Por qué crees que he venido a estas horas? Mira, he de hablarte de mujer a mujer, y voy a hacerlo por última vez. Soy madre y cuando lo seas, si es que lo eres, o quieres o puedes, o …

Yolanda.- (*Que ha ido acercándose al mueble y ha abierto un cajón. Gritando.*) ¡Ayyyy malditas cucarachas! Si mi Sergio estuviese aquí las mataría. (*Mirando por un momento fijamente a* Esperanza.) ¡Me dan un asco!

*(*Esperanza *intentando ignorar la insinuación, finge calma.* Yolanda *continúa pasando la bayeta a los muebles.)*

Esperanza.- Mira, guapa... ¿Eras Yolanda, verdad? Creo recordar que así es como te llamas, ¿no? ¿Tú no serás la de la canción? (*Anda y se sienta en el borde del sofá.*) Quién me lo iba a decir, con lo que me gustaba oír al Pablo Milanés. En mi época era roja compulsiva, pero ahora visto lo visto... le he cogido una manía al tal Pablo... (*Pausa,*

mirándola.) ¿No vas a decir nada? ¿No dicen que por allá os educan muy bien? (*Mirando a su alrededor, se levanta dejando el abanico sobre el sofá.*) Definitivamente mi hijo ha perdido el norte. Mira como tiene todo esto, es un desastre (*Acercándose a los cuadros tomando unos en sus manos.*) ¡Que horror! Cuanta luz, cuanto verde, cuanta playa turquesa. Para mirar esto casi hay que ponerse gafas de soldador. (*Busca detrás de los cuadros.*) ¿Y los paisajes manchegos dónde están? (*Dejando de buscar, se recuesta a la mesa y cruza las piernas y los brazos a modo de profesor que interroga al alumno.*) ¿Y ahora lo siguiente qué será? Supongo que pintar un bodegón con una vulgar papaya en medio de dos cotorras, ¿no? (*Avanzando hacia* Yolanda *que le hace el juego como una niña. Corre hacia el otro extremo.*) ¿Ves hasta qué punto has podido influenciarle? ¿No comprendes que le perjudicas? ¿No hay suficientes hombres allá para fijarte en uno de aquí? ... Lo alejas de su carrera, tiene un futuro brillante y si se casa se arruinaría ¿Crees que con eso que ahora pinta, tendrá el éxito como hasta ahora? Lo dudo... (*Va al bolso y enciende un cigarro.*) Claro que si a las famosillas como la Saritísima, la Gemio y la Lolita no les diera por traérselos de allí, no tendrían que venir vosotras a por los nuestros. (*Pausa, andando.*) ¿Qué pasa que también allí tenéis a los hombres racionados por la cartilla?

*(*Yolanda *al escuchar lo que ha dicho explota en una fuerte carcajada. Anda contoneando sus caderas mientras se acerca a los girasoles y los lleva delante de la virgen. Al hacerlo tararea la canción de Celia Cruz.)*

Yolanda.- (*Colocando las flores delante de la imagen.*) "Ay no hay que llorar, que la vida es un carnaval y es más bello vivir cantando, oh, oh, oh ayyy! ¡Azúcar, azúcar!"

Esperanza.- Ya que pretendes ignorarme hablaré yo.... (*Se acomoda en el sofá después de quitarle parte del plástico. Pausada.*) Mira, hija, te repito que en realidad nada tengo en tu contra, (*acelerada*) pero me siento totalmente incapaz de peinar trencitas, así de declaro. No preguntes por qué, pero no lo controlo, no está en mis planes. Vale que la Elizabeth Taylor en Cleopatra estaba estupenda en la carroza, e incluso cuando la anaconda. (*Duda, se pone la mano en la barbilla.*) Bueno el bicho ese que la picó y la dejó tiesa, pero te juro por Dios que yo no podría de ninguna manera realizar esas carreteritas en la cabeza de nadie. (*Se pone de pie.*) Y, por otra parte, no voy a sacar a mi nieta a la calle como si fuera una fregona después de usar. (*Yendo hacía las butacas que están una encima de otra, las mira espantada.*) ¿Y esto?, no me puedo creer que Sergio vaya a tirar estas butacas, su padre y yo las guardábamos para cuando se casara, fueron testigos incondicionales de nuestras posaderas mientras fuimos novios.

*(*Esperanza *se le acerca a* Yolanda*, la mira fijamente.)*

Esperanza.- ¿Qué quieres, ponerlo a bailar la samba?

*(*Yolanda *comienza a marcar discretamente el paso de la salsa. Va en busca de la fregona y regresa bailando, pegando a su cuerpo el palo como si fuera la pareja.* Esperanza *camina inspeccionándolo todo. En el centro del salón tropiezan las dos y ninguna cede para dejar pasar a la otra.* Yolanda *frente a ella exagera aún más el paso de la salsa.)*

Yolanda.- (*Dirigiéndose a la fregona.*) Un, dos, tres. Un, dos tres, este es el paso de la salsa (*deletreando*) de la sal-sa, samba no. Sergito, mi amor, en Cuba es salsa. (*Con voz aniñada.*) ¿Cuántas veces tengo que decírselo a mi galleguito lindo? Ay que brutito que es mi torero. (*Simula darle un fuerte beso.*) ¡Muac! Ay que me lo como.

*(*Esperanza *la mira sin decir nada.* Yolanda *un poco avergonzada disimula y se aparta para dejarla pasar. Pasados unos minutos en que ambas se miran de reojo. De repente* Esperanza *se arranca bailando una jota aragonesa de forma descontrolada. Canta desafinada rodeando a* Yolanda *e impidiéndole el paso.)*

Esperanza.- "¡Aragón la más famosaaaa, porque allí se halló la virgen y allí se canta la jotaaaa. Y es la jotaaaa que siempre cantaba la sal de mi terra olé y oleeeeeeeeeeeeeeeeeeé!"

(Con el ímpetu Esperanza *ha ido a parar encima del mueble con el que tropieza. Al intentar levantarse se apoya en él. En ese momento repara en el almirez.)*

Esperanza.- (*Cogiendo el almirez con la punta de los dedos como si sintiera asco.*) ¿Pero, y esta guarrería? (*Lo mira.*) No me puedo creer que machaquen las especias en medio del salón. ¡Con la educación que le dimos! (*Dando vueltas en el sitio mientras habla, como si regañara al hijo.*) Vale que estés identificado con el tercer mundo, pero de eso a querer vivir como esa pobre gente. (*Mirando dentro.*) ¿Y qué coño pone dentro? Esper... espera Esper...an. ¿Esperanza? ¡Mi nombre! (*Avanzando hacia* Yolanda *con el almirez en alto.*) ¡Pone mi nombre, pone mi nombre!

*(*Yolanda *que se da cuenta y corre hacia ella, le arrebata el almirez y se apresura para llegar a la puerta de salida a la cocina.* Esperanza *se abalanza rápidamente tras ella,*

mientras Yolanda *se detiene y extiende el brazo a modo de agente control de tráfico, para impedir que se acerque.)*

Yolanda.- (*Mientras finge leer el dorso del almirez a modo de prospecto médico.*) Espirulina, Espirulina. (*Muy lentamente.*) Alga nutritiva, coadyudante en procesos de adelgazamiento. Tomar en ayunas.

*(*Yolanda *entra a la cocina. Desde el público puede verse su figura trajinar dentro. Se oye que tararea en voz baja la canción.)*

Esperanza.- (*A sí misma.*) Qué raro, juraría que ponía mi nombre. (*Va andando hacia las butacas de damasco y quita la que se encuentra sobre la otra. Se sienta en una de ellas y tras unos minutos habla mirando fijamente a la que tiene enfrente.*) Qué mala suerte, Mariano (*pausa*), te envidio. Por lo menos no has tenido que pasar por este trance. (*Pausa.*) Nuestro hijo, sí nuestro único hijo Sergio... Al que le dejaste todo, se casa con una de color. (*Pausa.*) Nadie sabe para quien trabaja Mariano... ¿Y lo peor? Lo peor es que nada puedo hacer. Lo tiene decidido, y ella para que contarte. Como es lógico no va dejar que se le escape el bocado. (*Arrodillándose como si llorara en el regazo del marido.*) ¡Ay!, Mariano, ayúdame como siempre lo has hecho, haz algo. (*Levanta la cabeza y señalando de forma acusatoria con el dedo a la silla.*) Cumplí con tu voluntad, no lo puedes negar. ¿Cuando tuvo la mayoría de edad todo lo que dejaste no pasó a él? Y yo. ¿Es que no pensaste en que tenía que seguir viviendo? ¿Por qué no te quedaste y esperaste a que me muriera primero para que fueras tú el que tuvieras que arreglártelas con seiscientos euros en medio de esta crisis? (*Levantándose bruscamente, se aleja hasta llegar al centro del salón. Dándose la vuelta.*) ¡Cabrón! Eso es lo que eres, un grandísimo cabrón. Sí, no me mires así. Ya no es época de creer en Marx y Engels. Esto ha cambiado mucho, Mariano y si no tienes euros no eres nadie. ¡Ay! Qué equivocados estábamos. Imagínate que la corrupción ha oxidado hasta la hoz y el martillo. (*Silencio, regresando al lado de la butaca. Reflexiva.*) Debí quemar aquellos papeles y quedármelo todo yo. (*Pausa.*) ¿Papeles? ¡He dicho papeles! Mariano... Claro... ¡Pero cómo no se me ocurrió antes! (*Pausa, mira fijamente a la butaca.*) ¿Has sido tú mi amor? (*Eufórica.*) Lo sabía, sabía que no me dejarías sola. En el fondo confiaba en ti. (*Presumida.*) Después de todo cargué contigo, que ya eras un vejestorio, mientras yo todavía era un yogurín. (*Se sienta y besa el respaldo del asiento.*) Gracias, gracias, Mariano, ahora sí que tengo la solución.

*(*Esperanza *se sienta en el sofá, mientras* Yolanda *se dispone a entrar al salón.)*

Esperanza.- (*Irónica.*) Oye, maja, ¿me podrías pasar el remedio ese de las algas? (*Recorriendo su cuerpo con la mirada.*) Es que como ves lo estoy necesitando. Hace tiempo que quiero quitarme este peso de encima, y no hay modo de conseguirlo. (*Se levanta, coge el abanico y se acerca a una de las ventanas. Mirando hacia la calle.*) ¡Huy, cómo está la policía allá abajo! (*Mira fijamente a la calle simulando identificar lo que ocurre.*) ¡Dios mío, no puede ser! Se están llevando a los sin papeles! (*Dejando de mirar yendo hacia el salón.*) No puedo mirar más, es horrible, me supera. Es realmente dantesco. (*Mirando a* Yolanda.) Tú tendrás los tuyos en regla, ¿no?

*(*Yolanda *muy nerviosa se da la vuelta y se acerca a la foto del Ché Guevara, mientras* Esperanza *la sigue con la mirada.)*

Esperanza.- (*Reflexiva e irónica se acerca a* Yolanda*, colocándose al otro lado mirando la foto.*) Sí que tenía buenos ideales este hombre... pero... ni resucitando creo que podrá ayudarte... (*Silencio.*) Ya ves... mira lo que han hecho allá en tu tierra con sus ideas... Y aquí ya ves lo que pasa. Ya... no hay. (*Pausa.*) Lo que se dice... color. Lo mismo da unos que otros, derechas izquierdas, o los ambidiestros. Cuando no hay para todos, vete a ver lo que les hacen. (*Acercándose nuevamente a la ventana.*) ¡Que barbaridad...! Y pensar que les ponen una carta de expulsión y los deportan. (*Continúa de espaldas a* Yolanda*, pero sube el volumen de la voz.*) Me han dicho que se les prohíbe la entrada en Europa, y también que en diez años no pueden intentar legalizarse en toda la Comunidad Europea. Vamos que les arruinan la vida. (*Volviendo a sentarse de espaldas a* Yolanda *en una de las butacas de damasco, mientras esta se mantiene inmóvil y en silencio.*) Sería... no sé, muy duro que a un conocido le ocurriera algo semejante, no lo quisiera ni imaginar. (*Se levanta lentamente y se para delante de la imagen de la virgen.*) La gente es tan mala, ¿sabes? (*Pausa.*) Supe de un chica, también de... de fuera, de esas "sudacas", a la que denunciaron y la echaron. Nunca más pudo volver y es una pena, te lo juro. Tenía mucho futuro con la fregona, lo hacía como nadie, pero... ¿Qué se le va a hacer? Dios sabe que no dejo de pensar en ella.

*(*Esperanza *se dirige a la mesa donde dejó el bolso, se lo pone en el hombro. De repente* Yolanda *coge las ramas que tiene en el jarrón y una de las máscaras que hay en la pared. Comienza a zurrar los muebles y a la vieja mientras finge que ha caído en trance.)*

Yolanda.- (*Dejándose caer sobre* Esperanza.) ¡Uuuuuh! ¡Mal rayo parta mal rayo que a mi marido ahuyentó, si no fuera por mal rayo marido tuviera yo!

Esperanza.- (*Asustada intenta correr hacia la puerta.*) Bueno, bueno...creo que me voy. Ya llamaré a mi hijo luego, a ver si ha habido alguna novedad.

*(*Yolanda *tira las yerbas delante de la puerta.* Esperanza *retrocede asustada y se sube en el sofá levantando las piernas como si hubiera visto un ratón.)*

Esperanza, ¡Ay! ¡Ay! ¡Fuera bicho! ¡Fuera!

*(*Yolanda *yendo por el salón, coge la fregona y se dirige a* Esperanza *a la que obliga a moverse.)*

Yolanda.- No todos somos sudacas, no señor. La gente debería saber que no todos somos "sudacas", en todo caso "centracas" que no es peor ni mejor, solo distintos. (*Apoyando y restregando con fuerza la fregona, que previamente ha humedecido metiéndola en el cubo.*) Lo que me parece realmente curioso, es que a los del norte de América no se les llame "norteacas" o algo así. Seguramente porque no suena bien y porque ellos son de primera, claro. (*Mirando el reloj.*) Uy, tengo que darme prisa. Sergio llega en una hora.

(Coge la fregona y finge utilizarla a modo de jabalina. Apunta a Esperanza *y simula los movimientos del lanzamiento.* Esperanza *se agacha para evitar que la golpee.)*

Yolanda.- (*Reflexiva, fingiendo llorar.*) Debí por lo menos ser deportista de élite. Esos tienen "visa oro" para ir a donde quieran. Nadie les mira el color ni la procedencia. Si es necesario los entronan como Amadeo I de Saboya, que sin ton ni son le hicieron rey de España siendo extranjero.

Esperanza.- (*Regresando, se sienta de nuevo en la butaca.*) Cebolla es lo que creo que te has echado, pero es un truco demasiado viejo. ¿No has tenido corazón para escuchar a una madre y ahora quieres que te compadezcan? Y encima me amenazas con la fregona, pero esto no se va a quedar así. Esperaré a Sergio y le diré lo que has intentado hacer. Tiene que saber que fui yo la que lo crió y le dio la vida. Fuimos su padre y yo los que nos desvivimos por el único hijo que Dios quiso darnos. Me debe obediencia.

(Tras un largo silencio de ambas, Yolanda *va hacía el mueble y mira a la virgen. La señala con el dedo a modo de amenaza y recordatorio.)*

Yolanda.- (*A la virgen.*) Por lo menos tu tuviste un hijo, lo perdiste pero lo tuviste. Yo en cambio estoy dispuesta a complacer a mi hombre, pero aún así no podré. (*Avanza hacia los cuadros, mientras los mira.*) La de veces que me ha dicho lo que ha sufrido por ser hijo único. (*Mira a* Esperanza *para ver su reacción y continúa.*) Ahora las mujeres no quieren parir, ya ves el índice de natalidad, de no ser por las "sudacas"... (*Yendo hacia la virgen nuevamente, la mira.*) Pero tú sabrás por qué lo permites. Quizás sea mejor que Sergio se quede sin descendencia. Al fin y al cabo ya tiene 40 años. Como aquel que dice, ya casi se le ha pasado el arroz.

(Avanza hacia la puerta pasando por delante de Esperanza *que finge no escuchar, mientras lo hace, se toca la tripa con la mano de forma circular y anda con las piernas un poco separadas a modo de mujer embarazada.* Esperanza *la observa de reojo.)*

Yolanda.- (*Coge un móvil que está en su bolso en la puerta de entrada, finge marcar. Se detiene justo delante de* Esperanza.) Por favor, señorita, ¿me podría decir qué billetes tiene para La Habana?

*(*Esperanza *se levanta y se para enfrente.)*

Esperanza.- *(Mientras le retira suavemente el teléfono de la oreja.)* ¿Embarazada, hija, embarazada has dicho?

*(*Yolanda *baja la cabeza sin decir palabra, pero antes asiente con la cabeza.)*

Esperanza.- (*Abrazándola.*) ¿Pero cómo no me lo habías dicho cariño, no sabes lo feliz que me hacéis convirtiéndome en abuela? No te puedes ni imaginar la ilusión que me haría tejer trencitas, es una de las cosas con las que siempre he soñado.

Yolanda.- (*Ilusionada cogiendo sus manos.*) ¿De verdad, suegra?

*(*Esperanza *se sorprende al oír la palabra, pero tras una leve pausa se relaja.)*

Esperanza.- (*Irónica.*) ¡Ay, nuera! Qué ilusión (*Mirándola dando un golpe en la mesa.*) ¿Pero te crees que soy imbécil? ¿Acaso piensas que no sé lo que es un embarazo? Mira, esa tripa que finges conmigo no te funcionará. Y en lo referente a mi hijo, ya le diré yo lo que planeas con tu farsa. Modernizate hija. Los hombres de hoy no se amarran con bebés. Ya que eres una profesional del embuste, deberías saberlo.

Yolanda.- (*Muy irónica. Levantándose yendo hacia los cuadros.*) Sin embargo. No sé. Mira por dónde me surge una duda. ¿Aquí en España se conocerá un refrán que reza: "Un coño y dos tetas tiran más que una carreta?" (*Mirando a* Esperanza *y acomodándose las tetas.*) Así que no tendré más remedio que poner en marcha la carreta. Será una pena para algunos, claro. Porque no creo que Sergio sea como esos indianos que volvieron con el Potosí en las alforjas. Creo que su caso será más parecido al de Hernán Cortés, que se lió en México con la india Malinche y tararí que te vi. Nunca más volvió. Y es que lo de la carreta no falla. (*Asomándose a la ventana.*) Y es una pena, porque me encanta Madrid. Solamente por el chorizo ibérico nunca me iría. Pero, bueno... ¿Qué se le va a hacer?

Esperanza.- Bueno, bueno, tampoco hay que tomárselo así hija. Era una broma. Pero, ¿cómo no voy a saber lo que es un embarazo? (*Tocándole la tripa.*) Claro que estás embarazada. Que digo embarazada. Embarazadísima hija. Oye, pensé que teníais más sentido del humor por allá por tu tierra. Anda que no saber asimilar una broma. ¿Y cómo le vamos a poner por nombre?

Yolanda.- (*Yendo hacia la zona de los cuadros.*) Pues Esperanza, hemos pensado en ponerle Esperanza.

Esperanza.- No sabe usted lo feliz que será Sergio cuando lo sepa, no hay nada que le haga más feliz. Ha sufrido tanto el pobre... (*A la defensiva.*) ¿Y por qué ha sufrido mi hijo?

Yolanda.- (*Nerviosa, intentando calmarla.*) No, no, no se ofenda usted. Lo digo por lo de querer tener un hermanito. Pero no se preocupe, con un hijo se sentiría más que compensado. ¿No lo cree usted? (*Irónica.*) Su-e-gra.

Esperanza.- Sí, sí, sí. Claro, claro. (*Acercándose mientras mira el cuadro de "Las señoritas de Avignon".*) Oye, cómo te le pareces.

Yolanda.- (*Sorprendida.*) ¿Qué?

Esperanza.- (*Compara mirando a* Yolanda *fijamente y luego volviendo la vista al cuadro una y otra vez.*) Pero... ¿No te das cuenta lo parecida que sois tu y la señorita negra?

Yolanda.- (*Intentando no contradecirla.*) Sí, sí, ahora que lo dices.

Esperanza.- ¿No serás tu familia de Picasso?

Yolanda.- (*Muy sorprendida.*) ¿Eh?

Esperanza.- Sí, la única familia que conserva el apellido, son su familia negra de allá de tu tierra. ¿No lo sabías?

Yolanda.- (*Desconcertada.*) Sí, claro

Esperanza.- (*Entusiasmada.*) Pues sí, parece ser que el hermano del Picasso fue para allá y se lió con una negrita, ¿me entiendes? Así que curiosamente el apellido solo lo conservan la familia negra. ¡Tú eres tararanieta de Picasso! Vamos estoy segura. (*Yendo hacia el cuadro.*) ¡Ay que ilusión! Mis nietos tendrán sangre de Picasso. Cuando lo sepan mis amigas. (*Se acerca al cuadro.*) Vamos que eres clavadita.

*(*Yolanda *la mira estupefacta, pero no se atreve a contradecirla. Coge la fregona y se dispone a limpiar.)*

Esperanza.- (*Quitándole la fregona.*) ¿Pero qué haces? Nada de eso. A partir de ahora debes descansar, deja, que de esto me encargo yo. (*La obliga a tumbarse en el sofá, al que le quita por completo todo el plástico.*) Tú te quedas aquí, el trabajo lo tienes prohibido. Ya se lo diré yo al Sergio cuando vuelva. *(Risueña, tocándole la tripa.)* Hay que cuidar a la Picassita.

Yolanda.- (*Cariñosamente, mientras* Esperanza *pasa la fregona por el suelo.*) Suegra.

Esperanza.- Sí, dime hija.

Yolanda.- ¿Sabes dónde pudiera comprar un pollo tomatero vivo?

Esperanza.- (*Se sienta junto a ella dándole con el codo suavemente.*) Anda, bribona, quieres hacerle una comidita rica a tu futuro marido. Claro, allá los cazarán en el campo, ¿no? Menudo trabajo ir detrás de ellos, con lo que corren.

Yolanda.- Sí, sí.

Esperanza.- (*Dejando la fregona y cogiendo su bolso.*) Venga, te llevaré al mercado de Chamberí, allí los hay preciosos.

(Ambas salen abrazadas mientras suena la canción "Angelitos Negros" de Antonio Machín. Se oscurece poco a poco la escena.)

La fábrica de rosas

Javier Hernando Herráez

1.- Hace tanto frío que podrían helarse las puntas de mis dedos y romperse como se rompen los gruesos tallos de los espárragos. Crack y crack. No sé cómo aguanto. Por lo menos ayer lucía el sol de otra manera, ¿por lo menos? Recuerdo que miré por el ventanuco, para ver si le veía pasar y vi las rosas como rociadas con un espray de laca. Brillantes como en las floristerías. Sí. Mira que podría decirse lo contrario. Es imposible leerse sólo un libro y decir que es el mejor libro que has leído. Eso no está bien. (*Deja de fumar el cigarrillo, vuelven a caer rosas en la cinta transportadora.*) Las mujeres que llevamos cofia siempre le hemos parecido atractivas. Seguro que ya te has dado cuenta. Las mujeres tenemos un don especial. Guapas y brillantes como un sol de primavera, decía. Decía y pensaba, con su traje mal planchado y su raya al medio. Al principio muy bien… pero luego…

No volveré a fumar. Me revuelve el estómago. Me revuelve el estómago como el aroma de las flores. Es un olor tan fuerte. ¿A ti no te pasa? Muchas veces llego a casa con un dolor de cabeza imposible: ni aspirinas, ni pastillas para dormir, nada de nada. Imposible. Nada. Me estoy empezando a marear. Tengo la tensión baja. ¿Entiendes lo que te quiero decir? La diferencia es grande.

2.-

Estoy algo nerviosa. Me agobio. Tranquilízate. Con este calor se me va a llenar la cara de brillos

Dejaré de maquillarme para venir a trabajar. Me dijo que estaría más guapa. No le gustan las mujeres con el uniforme blanco manchado de veintiocho gotitas de sangre, con brillos en la cara. El centelleo en la piel nos hace parecer lo que no somos. Somos mujeres trabajadoras. No es malo. ¿De qué me podría quejar? Lo mejor de este trabajo es que llegas a casa oliendo a rosas y no a vísceras de pollo. Lo crean o no lo crean la diferencia es grande.

Se nota que no es un gran lector. Sólo es un pueblerino venido a más. Le fue bien en la vida y eso es difícil de conseguir. Algo apreciable. La suerte, digo. Pienso. Mi madre, mi madre es la que me lo decía: no importa lo que diga la gente, a ti te ha ayudado, no podemos ir por ahí preocupándonos por los demás. Tú y yo lo necesitamos. Estoy mejor ahora que antes. Sin duda. Algo cambiada.

Arrimarte al árbol que más cobija. Sol y lluvia. Eso es lo que está acabando con nuestra salud. Sol y lluvia. La causa de nuestra enfermedad es que no somos consecuentes con nosotras mismas. Nos da igual comer pollo que besugo. El sol y la lluvia. Se me han llenado los dedos de resina. Creo que saldré a fumar. Se me va a quedar el cigarrillo pegado en las manos. ¿No te pica la cabeza con ese gorrito? Todo lo humano es inflamable, incluso la sangre. Tantas horas. Sobre todo la sangre. Aquí metidas, de pie, con las florecillas, para que luego sean otras las que vayan bien guapas y maquilladas.

Mi madre piensa, desde luego, que es un buen partido. Una chica como yo no puede aspirar a nada más, dicen. El cree que una chica como yo tiene grandes posibilidades, ¿si no por qué iba a traerme hasta aquí? Llevaba poco tiempo rebanando los higadillos a los pollos. He cambiado el cuchillo por las tijeras, tampoco es mucho. Si pasase hoy por aquí, podría verle y preguntarle… sí, me acercaría y le preguntaría. Las cosas. Todas las cosas. (*Empieza a cantar un blues*.)

Cortar espinas, limpiar los pétalos, cortar espinas, limpiar los pétalos, cortar, limpiar, cortar, limpiar… es divertido, ¿no? ¿No crees que es aburrido? ¿Estabas mejor antes? Esto ha cambiado. Desde luego. Está enrarecido el ambiente. Estabas mejor antes, sí. Claro que sí. Hay nubes grises y puede llover en cualquier momento. Nos estropearán toda la cosecha. Nubarrones negros cerca de las lámparas. El granizo. El aroma de las rosas es reconfortante; me

encuentro mucho mejor. Es un buen sitio. Espero que me estés entendiendo, es importante. La diferencia es grande. Al final llegas a casa con las manos llenas de cicatrices. Duele.

Me dijeron que ayer os vieron. En una terracita. Del centro. Ten cuidado, te lo dice una amiga, nos acabamos de conocer, pero una ya es perra vieja. Mira mi pelo blanco, mis manos. Mis manos. Lo mejor es que abandones antes de que sea demasiado tarde. Aquí no encontrarás lo que necesitas. Puedes hacer algo más. Es mejor humillar a que te humillen, decía mi padre. Mi padre que en paz descanse. (*Sujeta firmemente las tijeras.*) Es un lugar bonito y acogedor, esa es la verdad, preparamos flores. Flores para bautizos, para bodas, para muertos. Para muertos. Soy demasiado vieja para hacer otra cosa. Aquí he hecho buenas amigas. Escucha, niña. Estate atenta. Ayer le pedí un caramelo. Sufro fuertes bajadas de tensión de forma inesperada. En el bolsillo de su camisa se le trasparentaba un paquete. Caramelos de limón. Y me dijo que no tenía. ¿Entiendes? La diferencia es grande. A eso es a lo que me refiero cuando te hablo de las amigas.

Sí. Bueno. Sí. Yo no tengo mucho frío, sólo estoy algo nerviosa. Es normal. Es mi primer día. Mi primer día. Tengo que hacer un buen trabajo, les estoy agradecida. Todas esas cosas me las enseñó mi madre. Ahora, ¿quién le llevará la comida al pobre gato? Los gatos deberían poder comer flores. Es algo en lo que no había pensado. Todas las mañanas delante del espejo y se me olvidan las cosas más importantes.

No puedo llegar tan tarde a casa si luego quiero rendir en el trabajo. Cortar flores, hacer amigas…

Los gatitos pequeños están muertos de frío, esperando las crestas de los pollos. Tendré que pedir una bolsa con los restos a la salida de los restaurantes, espero que no le importe.

Date más prisa. No damos abasto. Se nota que eres nueva. Con esa parsimonia no aguantaras ni una semana. La diferencia es grande, pero tú aguanta, hija, aguanta… que una ya es vieja y debería ir pensando en otra cosa. ¿En qué puede trabajar una vieja cuando es vieja? Este es el mejor trabajo, oliendo flores… ¿Por qué no te vas? Estás haciendo el tonto. No sé como puede traer aquí a más gente cuando cada vez tenemos menos trabajo. No te ofendas. No es por ti. Los niños se conforman teniendo una pechuga de pollo sobre el plato todos los días.

Cambiar manos expertas por manos ágiles. (*Empiezan a caerse las rosas al suelo.*) La diferencia es grande. Si quieres que trabaje contigo debemos tener afán de superación. No quiero pasarme toda la vida con cofia. Tengo que acatar los consejos de mi madre, es una mujer con gran experiencia.

Cuando llego a casa tengo unos dolores tan fuertes en los dedos que no consigo dormir. Llego aquí sin descansar. Así no se rinde. Después de años y años una gana en experiencia, pero también pierde agilidad. Es una mala persona. Sólo mira por su interés. ¿No te has dado cuenta? Ahora estate atenta, estará al llegar, sí, para… ya sabes… por eso me resulta raro que hayas venido. Pero me alegro. Me alegro por ti. No podemos con todo. ¡Mira cómo caen! ¡Mira cómo caen! Te costará acostúmbrate. Vete antes de que te echen. Rápido. Rápido.

Me dices que quieres gente comprometida y llego aquí muerta de sueño. Lo siento. He intenta disimular las ojeras con el maquillaje. Pero hace tanto calor aquí dentro. Creo que es injusto que me eches a mí toda la culpa. (*Sus manos comienzan a sangrar.*)

Saldré a fumar. Pronto será la hora del almuerzo, ¿trajiste algo? Tengo pollo empanado. Podemos compartirlo. (*Sale.*)

Lo siento. Espero que me sepas perdonar. Lo estoy poniendo todo patasarriba, ¿alguien puede traerme una fregona? (*Las rosas empiezan a acumularse en el suelo, hacen una montaña que crece y la va enterrando, poco a poco.*) Es imposible que me despida, ¿no? No me hubiese traído para tan poco tiempo. Es buena persona. Nuestra relación está por encima, ¿no? Espero, ¿no? Sí.

Afuera hace calor. Es mejor que salgas a tomar el aire. Te vendrá bien. Las rosas que se caen al suelo ya no valen para nada. Ten cuidado. (*A sus pies, un montón de rosas que pisotea sin darse cuenta.*) Hay que tener dignidad, es mejor abandonar antes que te despidan. El problema de cobrar el paro es el problema de la dignidad. Cada una debe luchar por los suyos.

He aprendido que los chinos están jodiendo el mercado. Que tenemos que ser más competitivos. Es grande la diferencia. Mejorar los precios. Estoy bien. Gracias. Tengo buenas compañeras y hace buen tiempo. Hice bien siguiendo el consejo de mi madre. ¿Puede alguien decir qué está mal? Las canciones de los campos de algodón tienen un melodía pegadiza, hacen la vida más fácil, juntos…

…tendríamos que estar separadas. Para que yo no tenga que hacer el trabajo de otras.

…unos y otros. Anoche debería de haber estado más cariñosa. Apenas ha pasado tiempo y ya le echó de menos. Me tomaré un caramelo para calmarme. El azúcar me tranquilizará. No estará…

Hace tiempo que deje de fumar, pero sigo echando de menos el tabaco. El humo del tabaco. No era higiénico fumar con estas manos. ¿Por qué no te vas? Es la hora del almuerzo. Llegar a casa con un ramo de flores y sin olor de cabeza, la diferencia es grande, ¿no?

…molesto. Tengo que hablar con él. Con todo este dinero podré alimentar mejor a mis gatitos y cuando se hagan grandes y fuertes podré tener varias camadas al año y venderlos en el mercado; con el dinero que saque me compraré un gato persa de pura raza, al que cuidaré con mimo y cuidado, luego le comprare una buena novia y tendré varias camadas de gatitos persas al año… (*Varias rosas caen a sus pies.*)

Aquí dentro hace un bochorno de tormenta. No te lo había dicho, pero sufro fuerte bajadas de tensión. Es bueno que lo sepas si piensas quedarte. Bueno para las dos. ¿No tendrás un caramelo?

Se me está corriendo el rímel por culpa del sudor. Las cosas cuando caducan ya no sirven para nada.

¿Te estás enterando o no quiere enterarte? La carne de oveja vieja es correosa, nada que ver con un corderito lechal. Justo antes del almuerzo tenemos programada la reunión. Al ser tu primer día no hará falta… (*Varias rosas caen al suelo. Suena un timbre.*)

Ten cuidado.

Ten cuidado. Eres joven. Tienes una piel muy bonita.

Gracias. Intento cuidarme. Tengo toda la vida por delante.

Se están preparando nubes de tormenta.

Sí. Afuera hace buen tiempo.

La fiesta

Rosalía Martínez

Personajes:

Noemí

Daniel

(Mono ambiente. Una cortina de tela translúcida divide la cocina comedor de la habitación, en una de las camas yace un bulto. Las paredes están sin pintar. Los focos cuelgan del techo sin lámparas que los vistan, se acumulan las bolsas de basura cerca de la puerta de calle. Hace calor y entra el sol por la ventana. Se escuchan ruidos de golpes constantemente. Están de obras en el edificio. Vuelan moscas y dos gatos se revuelcan sobre unos periódicos que cubren un roto en el sofá. Noemí *es una niña de doce años, delgada y enérgica. Revuelve con esfuerzo la mezcla que se encuentra en un recipiente demasiado grande en relación a su cuerpo.)*

Noemí.- (*A los gatos.*) ¡Bájense del sofá o los echo a la calle!

(A través de una ventana, vemos aparecer la cara sonriente de Daniel, *mulato de unos trece años, que vive en la calle.)*

Daniel.- *(En voz baja.)* Noemí, traje lo que me pediste.
Noemí.- Espera, te abriré la puerta.
Daniel.- ¿No hay nadie?
Noemí.- No te preocupes, pasa.

*(*Daniel *entra temeroso portando torpemente una bombona de butano muy pesada para él y una bolsa grande.* Noemí, *sigue con su acción casi sin mirarle.)*

Daniel.- Aparta, que te la cambio.
Noemí.- (*Se moja un dedo en la mezcla de chocolate y se la ofrece.*) Prueba.
Daniel.- (*Sonriente chupa su dedo.*) Está buenísima pero le falta un poco de azúcar. Toma.

(Le da un paquete de azúcar, Noemí *agradece sonriendo,* Daniel *se queda de pie a su lado, esperando.)*

Noemí.- ¿Qué?
Daniel.- Lo que me prometiste.
Noemí.- Ahora no puedo, además faltan muchas cosas todavía.
Daniel.- ¿Qué falta dime?
Noemí.- Decorarlo todo antes de las seis.
Daniel.- Joder, tía, siempre me lías. Venga dime rápido que tengo que hacer unos trabajitos. ¿Y dónde está Dieguito?
Noemí.- ¡Shh! En el cole. No grites.
Daniel.- ¿Por? (*Dándose cuenta de que alguien duerme en la cama.*) ¿Tu vieja está? ¡Estás loca! Yo me voy.

Noemí.- (*Riendo.*) Espera un poco, no te vayas. ¿Ya sale gas?
Daniel.- Toma (*Le arroja un mechero.*) Enciéndelo y no te rías. La última vez que me vio me dejó una cicatriz. Ya no te acuerdas. Mira.
Noemí.- (*Medio metida dentro del horno.*) Está dopada. Ayúdame que no llego.
Daniel.- ¿Estás segura?
Noemí.- Segurísima.

(Se escucha un ruido fuerte.)

Daniel.- ¡Mierda! (*Se sobresalta y va hacia la puerta.*) ¿Y eso?
Noemí.- Las obras, no te preocupes.
Daniel.- (*Metiéndose en el horno.*) ¿Cómo puede dormir con este ruido?

(*Silencio.*)

Daniel.- Ya está.

(*Daniel se queda mirando los gatos que se persiguen.*)

Daniel.- ¡Ja, ja! ¡Se la quiere trincar! ¡Vamos campeón, no la dejes escapar! Se hace rogar, pero quiere.
Noemí.- (*Abriendo la bolsa y sacando unas guirnaldas de colores.*) Vamos a colgarlas.

(*Noemí se sube a una silla, Daniel le mira las piernas.*)

Daniel.- ¿Está durmiendo la mona, no? Tu vieja…digo.
Noemí.- No se va a levantar, no te preocupes. Ayúdame con esto.
Daniel.- ¿Sabes que anoche el Gordo Gastón la echó del bar? Dijo que se arrastraba por el suelo, que le daba mala imagen. ¡Ja! ¡El Gordo preocupado por la imagen!
Noemí.- Que idiota. Mamá trabajó toda la noche.
Daniel.- El Gordo dice que tu vieja se la chupa porque no tiene para pagar. ¡Qué asco!
Noemí.- También hay que sacar la basura. ¿Me ayudas?
Daniel.- Se la chupa a él y a otros para que le inviten las copas…
Noemí.- ¡Escucha!
Daniel.- ¿Qué?
Noemí.- ¿Te olvidaste los globos?
Daniel.- ¡No jodas!
Noemí.- (*Revolviendo en la bolsa.*) ¡Ah! No. Aquí están. Toma, infla. (*Le pone un globo en la boca para que se calle.*)

Daniel.- Bueno pero me voy enseguida, que me da mal rollo. (*Se oyen golpes.*) Joder, qué jaleo.

Noemí.- Descubrieron que las vigas que son de madera están podridas y por eso están tratando de… apuntarlo… apuntalarlo. Dicen que se puede venir todo abajo.

Daniel.- Joder. No se ve tan mal. A mí me gusta esta casa, ojalá yo la tuviera.

(*Pausa.*)

Noemí.- ¿Tú crees que será verdad?

Daniel.- Yo que sé.

Noemí.- Ese gordo es un putero y un borracho y si sigue diciendo chorradas le rajo la cara. Y tú tampoco te pases que no me vuelves a ver.

Daniel.- Yo no dije nada. ¿Qué te pasa?

Noemí.- Más te vale.

Daniel.- Ahora la defiendes ¿Quién te entiende?

*(*Daniel *se acerca a la cortina y se cerciora de que la madre duerme, se sienta en sofá y enciende medio cigarro que estaba en un cenicero, tose y sigue inflando globos.)*

Noemí.- (*Se sienta a su lado.*) Anoche soñé que mi padre venía a saludarme, se acercaba a la cama y me daba un beso. Me decía —"Feliz cumpleaños"— y yo no entendía, le quería decir que se había equivocado, que era el cumple de Dieguito, pero me daba tanta pena que no le decía nada. Lo abrazaba muy fuerte para que no se ponga triste. No me alcanzaban los brazos de lo gordo que estaba, me miraba con ternura y yo me daba cuenta de que estaba muy solo. Es raro, me da un poco de vergüenza.

Daniel.- ¿Por qué?

Noemí.- Por lo que pasó después.

Daniel.- ¿En el sueño?

Noemí.- Sí, en el sueño. Me empezó a meter mano porque él pensaba que yo era mi madre y yo como no quería decepcionarlo lo dejaba pero no me gustaba porque era muy bruto, entonces me ponía a pensar en canciones que me sé de memoria y las repetía en la cabeza que es lo que hago cuándo no quiero escuchar, pero no funcionaba… en ese momento se abrió la puerta, era mi mamá que entraba, me puse contenta porque mi padre se iba a dar cuenta del error pero él no la miró. Mamá me pasó por al lado con una botella en la mano y no tampoco me vio porque el cuerpo gordo de mi padre me tapaba entera. Intenté gritarle y no me salía la voz. Intenté pegarle pero él no sentía nada, después él ya no era mi padre. Fue confuso. Su cara se transformó en otra cara y mi madre lo abrazó y le sirvió una mesa llena

de comida. Comían como animales y se reían mientras yo bailaba desnuda en la cama para que no se enfaden.

Daniel.- ¿Y yo estaba?
Noemí.- No. No estabas.
Daniel.- Me voy pero me debes algo.
Noemí.- ¿Te vas?
Daniel.- Tengo cosas que hacer.
Noemí.- ¿No quieres que te pague?
Daniel.- (*Mirando hacia la cama.*) ¿Ahora?
Noemí.- Y luego me ayudas a limpiar esto.
Daniel.- No sé.

(Se quedan de pie, mirándose, frente a frente.)

Noemí.- (*Cogiendo una guirnalda y arrojándole el otro extremo a* Daniel.) Bueno, luego.
Daniel.- No, espera. Está bien.
Noemí.- Después
Daniel.- ¿Después de qué?
Noemí.- De que se termine el cumpleaños.
Daniel.- No, no, no mejor ahora.
Noemí.- ¿Qué te pasa?

(Pausa.)

Daniel.- Estoy nervioso. Pero no pasa nada, muéstrame.
Noemí.- Rapidito ¿vale?
Daniel.- Si, como tú quieras.
Noemí.- Y después terminamos de limpiar.
Daniel.- Bueno. Bueno.

*(*Noemí *se sitúa delante de la cortina y se baja los pantalones.)*

Daniel.- Todo.

(Noemí se baja las bragas. Daniel *se queda mirando petrificado el cuerpo de la niña. Cuando Noemí va a subirse los pantalones él la detiene.)*

Daniel.- Espera.

Noemí.- ¿Qué pasa?
Daniel.- ¿Me las regalas?
Noemí.- ¿Qué?
Daniel.- Las… bragas.
Noemí.- ¿Para?
Daniel.- Hay un tipo que me daría pasta por ellas. Vamos a medias.
Noemí.- No puedo.
Daniel.- ¿Por qué?
Noemí.- Solo tengo dos.
Daniel.- Con el dinero que nos da te compras otras.
Noemí.- Tampoco están muy limpias.
Daniel.- Mejor. Seguro que le gusta.
Noemí.- No sé.
Daniel.- Venga, no seas tonta, si al tío ni lo conoces. ¿Qué más te da?
Noemí.- ¿Cuánto?
Daniel.- Bastante.
Noemí.- ¿Cuánto?
Daniel.- Ochenta
Noemí.- No.
Daniel.- Cien. Yo me quedo con menos.
Noemí.- ¿Cuándo?
Daniel.- Se pasa todas las noches por el bar del Gordo. Seguro que hoy va.
Noemí.- Está bien.

*(*Noemí *le da las bragas a* Daniel *y se vuelve a poner los pantalones.)*

Daniel.- ¿Quieres que yo te muestre?
Noemí.- Después.

*(*Daniel *se baja los pantalones,* Noemí *mira extrañada. El torpemente se acerca a ella caminando con los pantalones enredados en los pies.)*

Daniel.- (*Abrazándola.*) Si quieres puedes tocarme y yo te toco a ti.
Noemí.- Pero te dije que después.
Daniel.- Un poco, un poquito.
Noemí.- Suelta.
Daniel.- Venga no seas zorra. Mira cómo estoy.
Noemí.- (*Lo empuja.*) ¡Quita!

*(*Daniel *la empuja contra la mesada de la cocina.)*

Daniel.- Me vienes dando largas desde hace un mes y yo hago todo lo que me dices. No soy tu sirviente. ¿Entiendes? ¡Me llevo la bombona y te vas a la mierda! (*Empieza a sacar la bombona.*)

Noemí.- ¡No! Espera. Es que… es por mi madre que está durmiendo.

Daniel.- Si ella hace lo mismo, ya te dije.

Noemí.- Te dije que te rajo…

Daniel.- Bueno me da igual, no puedo más. Ven que no hacemos ruido. Despacito. No tardo nada, déjame meterla nada más.

*(*Noemí *finalmente cede, están de pie follando en la cocina.)*

Daniel.- Dios, no me lo puedo creer.

Noemí.- ¿Qué pasa?

Daniel.- Me haces calentar mucho. Espera date vuelta. Así.

(Se oye un ruido muy fuerte, como de una pared que cae. Ambos se sobresaltan. Los gatos saltan por encima de la cama.)

Daniel.- ¡Coño! (*Corre hasta la puerta con los pantalones bajos, desde allí mira el bulto en la cama.*) No se despertó. Ven.

(Vuelven a la misma posición y continúan follando.)

Daniel.- ¿Qué se tomó? Está reventada.

Noemí.- Está muy cansada.

Daniel.- Te quiero, Noemí. Te quiero. Te quiero.

*(*Daniel *se corre,* Noemí *se levanta la ropa tranquila y mira dentro del horno.)*

Daniel.- Para no despertarse con este ruido, se la debe haber agarrado muy gorda.

Noemí.- Te dije que se tomó una pastilla.

Daniel.- ¿Desde qué hora duerme?

Noemí.- Desde la mañana.

*(*Daniel *se acerca a la cama, corre la cortina y mira a la madre dormir, se acerca poco a poco.)*

Noemí.- Sal de ahí.
Daniel.- Tiene un brazo colgando.

*(*Noemí *desplegando un cartel de "Feliz Cumpleaños".)*

Noemí.- Sal de ahí, ayúdame que ya terminamos.

*(*Daniel *toca a la madre.)*

Daniel.- Ven.
Noemí.- ¿Huele a quemado?

(Noemí salta de la silla y va hacia el horno.)

Daniel.- ¡Tía que vengas!
Noemí.- ¡Se me quema la tarta!
Daniel.- Da igual, ven.
Noemí.- Estoy ocupada, quita que me quemo.

*(*Daniel *la coge de la mano y la lleva detrás de la tela. Hace que toque la cara de su madre.)*

Daniel.- Está fría. ¿Ves?
Noemí.- Sí, ya lo había notado. Por eso le puse otra manta.
Daniel.- Está muerta.
Noemí.- ¿Tú qué sabes?
Daniel.- Ya vi otros muertos. Voy a avisar al Gordo.
Noemí.- No.
Daniel.- ¿Y qué quieres hacer? Ya me parecía que no podía ser.
Noemí.- Está dormida.

*(*Daniel *moviendo el cuerpo.)*

Daniel.- Mira, tía, mira. ¿Ves que no está dormida?
Noemí.- ¡Déjala! Si no me vas a ayudar, ya te puedes ir.
Daniel.- ¿Ayudar? Te estoy ayudando. ¿No ves? Hay que llamar a alguien.
Noemí.- Después.

*(*Daniel *la mira fijamente.)*

Noemí.- Tenemos que soplar las velas con Dieguito. Siéntate. A ella no le va a molestar. Tú, yo y Dieguito. Venga, la tarta ya está. Quédate.

Daniel.- Yo creo que mejor me voy.

Noemí.- Después podemos jugar más si quieres.

Daniel.- ¿Sí?

Noemí.- Ahora puedes dormir aquí.

Daniel.- Sí.

Noemí.- Son las seis. (*Mira por la ventana.*) Ahí viene Diego ¿Quieres Coca cola?

Daniel.- Yo mejor, pensándolo bien, me piro Noemí, después te alcanzo los ochenta.

Noemí.- ¡Hay sorpresas!

(Daniel *coge un sándwich y se va corriendo.)*

Daniel.- Chau.

(Noemí sonriente pone la tarta medio quemada encima de la mesa y comienza a clavarle las velas. Pedazos de yeso caen desde el techo. Los gatos salen por la ventana.)

Fin

Cuerpos imán

Nieves Rodríguez

Personajes:

El Hombre

La Mujer

(En el centro de la escena un coche elevado en un recinto lúgubre. El Hombre *de pie manipula invisibles piezas entre las dos ruedas traseras que están por poner. Alrededor de* El Hombre *y en el suelo, dos cajas enormes de herramientas visiblemente usadas y numerosos planos dispuestos en derruido semicírculo.* La Mujer *se encuentra sentada en una de las ruedas quitadas. Mientras, se lía un cigarrillo y lo observa. Tras un dilatado tiempo* La Mujer *se acerca al Hombre y le pasa el cigarrillo. Entonces* La Mujer *empieza a manipular las invisibles piezas mientras,* El Hombre *se sienta en el mismo lugar y observa un plano que ha cogido del suelo.)*

El Hombre.- En los planos se halla la codificación exacta de todos nuestros movimientos. (*Silencio.*) No olvides que nunca se ha de marcar una simbología por colores. No olvides que nunca se ha de marcar nada que no tenga correlación numérica dispar. Ese es el mayor de los despistes. (*Silencio.*) En los planos se halla la codificación exacta de todos nuestros movimientos.

La Mujer.- Lo de la correlación numérica dispar es más que discutible. En los planos se halla la codificación inexacta de todos nuestros movimientos. He ahí el despiste. (*Silencio.*) Se puede realizar un simbología perfectamente, solo hay que tener en cuenta el infinito de los infinitos, como en un cuento de Borges, ¿entiendes?

El Hombre.- No me vengas con el cuento del cuento. Parece que habla tu padre y no tú. Una simbología es una marca. (*Silencio.*) La señal exacta que se dibuja para alcanzar la exactitud. Cualquiera puede desandar el camino andado. Ten en cuenta que un plano es una parte que equivale al todo.

La Mujer.- Pues lo que estoy diciendo… El infinito de los infinitos. ¿Puedes acercarme la llave de boca?

El Hombre.- ¿Cuál es el tamaño del perno?

La Mujer.- Cuarenta y ocho.

El Hombre.- (*Se levanta y hurga en una de las cajas. Saca la llave de boca y se la entrega a* La Mujer*. Se acerca a observar la maniobra.*) Esto va de maravilla, ¿no crees?

La Mujer.- Sí, pero si te quitas irá mejor. (*Silencio.*) ¿Dónde se ha metido mi padre? Hace un rato largo que tendría que haber venido con la documentación.

El Hombre.- (*Saca un mechero y le da llama a* La Mujer*. Esta sopla y apaga la llama. Le hace un gesto con la cabeza para que se largue.*) Perdona, no me acordaba de que eras fotosensible a la luz del fuego. Es difícil acordarse de todo después de tanto tiempo. (*Silencio.*) Hace por lo menos un año y medio que no compartíamos una operación. (*Silencio.*) Tu padre habrá querido que estuviéramos solos… (*Silencio.*) Después de nuestro divorcio… y de cómo salieron las cosas en la Operación Irol… Habrá querido que estuviéramos solos. (*Silencio.*) ¿Te alegras de verme?

La Mujer.- Pásame ahora la llave Allen.

El Hombre.- ¿De qué medida? (El Hombre *hurga en la otra caja de herramientas.*) ¿Te alegras de verme o no?

La Mujer.- La de uno veinticinco. Y mira en aquel plano de allí… El de papel amarillento… Mira si entre el inversor y el cargador necesitamos una fisura milimétrica para el cableado.

El Hombre.- En los planos se halla la codificación exacta de todos nuestros movimientos. (*Silencio.*) No se te olvide que es mejor no preguntar. No se te olvide que hay quien olvida antes que tú. No se te olvide que ya la cagaste una vez. (*Silencio.*) No se te olvide que el papel amarillento denota haber estado pensando a lo largo de los años.

La Mujer.- (*Silencio.*) Claro que me alegro de verte, pero tenemos poco tiempo…

El Hombre.- Hace falta un cableado de tamaño común. Así que la fisura no ha de ser, según mi plano, superior a once milímetros.

La Mujer.- Odio la palabra común… Bien, pues pásame el cuchillo más pequeño, el de diecinueve milímetros… (*Silencio.*) Mi padre te ha puesto en esta operación porque es la primera de cinco que tenemos preparadas para esta Semana Santa. Esto no va a ser más que un susto grande para el alcalde de un municipio pequeño. Pero ese susto será el primero de cinco. Y ese es tú cometido… Nuestro cometido. (*Silencio.*) De hecho yo estoy aquí para que no pase lo mismo que la otra vez...

El Hombre.- ¿Quieres un cigarrillo?

La Mujer.- Gracias.

El Hombre.- (*Se sienta sobra la rueda y empieza a liar un cigarrillo.*) No me dijo tu padre nada de la documentación. Me dijo que iba a ser una operación muy sencilla… (*Silencio.*) Sin líos, no como la otra vez. Por eso he accedido… No tengo ninguna obligación.

La Mujer.- (*Lo mira fijamente y se empieza a reír.*) ¿Me quieres decir que has accedido porque venía yo? ¿O qué te aburrías de no tener obligaciones y por eso has dicho que sí? ¿O a preguntarme si me alegro de verte? ¿O a decirme qué es lo que es un plano?

El Hombre.- Te estoy diciendo que yo no sabía nada de la documentación… Y he venido a lo que vengo siempre, soy el mejor ingeniero del grupo… ¿Para qué necesitamos documentación? ¿Quién va a conducir el coche hasta el pueblo del alcalde? Yo no voy a conducir nada… (*Silencio.*) Hace un año y medio que no me atrevo a coger un maldito coche… Yo soy ingeniero… (*Silencio.*) Sólo soy eso.

La Mujer.- Relájate, ¿quieres? Pásame el cable tendido portátil. (*Silencio.*) Mira que tenga veintinueve hebras. Están etiquetadas ahí en la caja de la derecha. (*Silencio.*) Yo tampoco voy a conducir.

(*Se acerca con el cigarrillo y con el cable.* La Mujer *se aparta y se va a fumar a la rueda.* El Hombre *empieza a introducir el cable.*)

El Hombre.- Yo tampoco, así que nos quedaremos aquí hasta que venga tu padre.

La Mujer.- ¿Y si no viene…? La operación tiene los tiempos marcados, si no empezamos nosotros, el resto no hará nada…

El Hombre.- Hace un año y medio que no conduzco… Y no lo voy a hacer hoy. Si tu padre ha dicho que viene… (*Silencio.*) Tu padre es la mejor persona que he conocido en mi vida… Es como mi padre. Y si le he dicho que no puedo conducir, es que no conduzco.

La Mujer.- La misma canción durante años. Tu padre es como mi padre. Tu padre es un tío estupendo. Gracias a tu padre yo puedo llevar el tren de vida que llevo. ¿No te cansas? Si mi padre no trae la documentación nosotros seguimos la operación. Son las normas.

El Hombre.- Mira en el plano más pequeño, el que está a tu izquierda. (*Silencio.*) Dime si las coordenadas del control remoto son iguales a las de esta placa. (La Mujer *coge la placa y tira el cigarro encima del plano de papel amarillento. Empieza a prender.*) ¿Eres tonta? (*Se acerca al plano e intenta apagar el fuego.* La Mujer *mientras se acerca al coche elevado e introduce un muelle en el interior del cargador.*) ¿Qué voy a hacer ahora? Tenía datos importantes para esta operación en esos malditos papeles.

La Mujer.- (*Se ha vuelto a sentar en el mismo lugar. Silencio.*) He estado pensado en eso que dices. De que en un plano se halla la codificación exacta de todos nuestros movimientos. Y que nunca hay que utilizar simbología de color, conjuntos de continuidad numérica... Si quemamos el plano no se puede saber cuál es nuestro movimiento. Si quemamos el plano no se puede saber cuál es la noción de exactitud. (*Silencio.*) Si quemamos el plano el azar se cuela en nuestros movimientos con la exactitud de una porción de oxígeno, ¿no crees ingeniero?

El Hombre.- Odio que me llames ingeniero. Estás loca, joder. ¿Son iguales las coordenadas del plano y de la placa o no?

La Mujer.- Sí, coinciden cien por cien. (*Silencio.*) Montar y listo. (*Se levanta y arrastra la rueda hasta donde está* El Hombre. *Primero una rueda y luego la otra.*) Si quieres, las pongo yo. ¿Fumas?

El Hombre.- No. Ahora no. Si ponemos una cada uno acabamos antes. (*Silencio.*) ¿Cuánto tiempo queda?

La Mujer.- Tenemos que irnos en quince minutos.

El Hombre.- Ponemos las ruedas y te vas. Yo no me voy a ir a ningún sitio. No he venido para eso.

La Mujer.- Si vas conmigo en el coche no te pasará nada, así que tranquilo. En algún momento tienes que quitarte el miedo. Venga. (La Mujer *intenta alzar una rueda y* El Hombre *le ayuda.*) En esta ocasión lo conseguiremos.

El Hombre.- ¿Y la documentación? ¿Y tu padre? Maldita sea, esto ya lo he vivido… (*Silencio.*) Sabes que he soñado lo mismo que aquella vez… El mismo sueño. Estabas desnuda en mitad de la calle, pero nadie te veía salvo yo. Desnuda igual que en el cuadro que tengo colgado en mi habitación. La pintura eres tú. O tú la pintura. El caso es que ibas desnuda por la calle…

La Mujer.- No es momento de contar sueños… / y menos si salgo yo desnuda…no me apetece oírtelo… (*Silencio.*) ¿Qué cuadro es ese?

El Hombre.- / Y tu cuerpo es un imán, entonces la gente te va dejando pegados los anillos, los botones, los piercing, las horquillas, las hormas, las cremalleras, las agujas de encaje, las herramientas, las sillas de ruedas, las monedas…

La Mujer.- Aquí al único que se le va a quedar pegado el asiento es a ese maldito alcalde. ¿Por qué sueñas conmigo?

El Hombre.- Porque yo soy tú en mis sueños. La otra vez soñé lo mismo. En la Operación Irol. El mismo sueño. (*Silencio.*) Es increíble…

La Mujer.- Listo. Ya he terminado de poner la rueda. ¿Fumas? (La Mujer *se lía un cigarro sentada en el suelo donde estaban las ruedas.*) Nos quedan todavía unos minutos. Eres el responsable de esta operación. ¿Te vienes o te quedas? Si sale mal, olvídate de tu tren de vida. (*Silencio.*) Si sale bien nos volveremos a ver.

El Hombre.- (*Se sienta cerca de* La Mujer *y se lía un cigarro.*) ¿No cambias, eh? La otra vez salió mal y nos hemos vuelto a encontrar…

La Mujer.- Esta vez es distinto. Ese tío estupendo que es mi padre te está dando la última oportunidad.

El Hombre.- En vez de hablar, amenazas. En eso no has cambiado. (*Silencio.*) Pues que tengas suerte. (La Mujer *se levanta, desciende el coche hasta el suelo y se introduce en él.*) Saldrá todo bien, recuerda que en un plano se halla la codificación exacta de todos nuestros movimientos…

La Mujer.- Recuerda tú que no siempre es así. Lo dice Borges.

*(*La Mujer *sale con el coche y* El Hombre *se queda unos minutos más apurando el cigarrillo. Luego empieza a recoger las cajas de herramientas y los planos. Suena su teléfono móvil. Lo coge. Oscuro.)*

El Hombre.- ¡Hija de puta!

Columpio

Felipe Vera

Personajes:

Andrea

José

(Últimos momentos de una tarde. Una pequeña plaza en medio de la ciudad. Un resbalín a la derecha, un columpio a la izquierda y unos cuantos bancos en el centro. Dos niños juegan a pillarse.)

Andrea.- ¡Vamos!
José.- No te alcanzo.
Andrea.- Corres como una niña.
José.- Tú lo serás. Yo soy un niño.
Andrea.- ¡No me alcanzas!
José.- Estoy seguro que sí.
Andrea.- Por más que lo intentes no lo lograrás.
José.- Sí, lo haré.
Andrea.- ¿Sabes una cosa? Para ser niño pareces una tortuga: "José la tortuga".

(Ríe, corre y tropieza. José *se lanza sobre ella.)*

José.- Ves como te atrapo. Ahora dime. ¿Quién manda? "José el campeón".
Andrea.- Andrea, manda.
José.- ¡Vamos! Ahora tienes que reconocerlo. Di quien es el mejor.
Andrea.- (*Con un movimiento queda sobre* José.) Soy yo: Andrea y él que diga lo contrario tendrá que vérselas conmigo. ¿No te parece?
José.- Está bien. Me rindo. Contigo no se puede jugar. ¿Estás segura de que no eres Andrés?
Andrea.- ¡Soy una niña!
José.- Bien, lo entiendo. (Andrea *lo suelta.* José *se levanta y limpia su ropa.*) Tienes un montón de fuerza, corres rápido y pegas fuertes… yo solo decía…
Andrea.- Tú pareces una niña. Tan delgado y debilucho. ¿Tú mamá no te alimenta bien?
José.- ¡Cállate!
Andrea.- Está bien. No te molestes.
José.- Yo no hablo mal de tu mamá.
Andrea.- No seas delicado. Sabes, es un poco tarde, pronto llegará mi mamá. Será mejor que la encuentre por el camino. ¿Nos vemos mañana? Ahora que somos amigos podemos jugar todos los días.
José.- ¿Cómo?
Andrea.- Yo vengo aquí todos los días.
José.- Yo también y siempre a esta hora.
Andrea.- Antes me gustaba más este parque. Tenía árboles y pasto. Ahora es puro cemento y arena.

José.- A mí me gusta más ahora. Antes me daba alergia y no paraba de estornudar.

Andrea.- ¿Y vienes solo?

José.- Sí.

Andrea.- ¿Y siempre andas solo por ahí?

José.- Mi mamá dice que está bien, que así me convertiré en un hombre. Además vivo cerca.

Andrea.- Está oscureciendo. No quiero que mi mamá camine tanto. La iré a encontrar. Nos vemos.

José.- No te vayas. Aún no terminamos el juego. Además, ahora estamos empatados. No lo puedes dejar así.

Andrea.- Mi mamá se molesta cuando no hay nada hecho en casa.

José.- ¿Ella no juega contigo?

Andrea.- Antes venía conmigo.

José.- Lo malo de los adultos es que se aburren rápido de todo. Así que no creo que te regañen por un rato más. Además así terminamos el juego.

Andrea.- Me necesita…

José.- ¡Venga! Ahora tú la llevas.

Andrea.- No puede hacer las cosas…

José.- (*Corriendo.*) ¡No me alcanzaras!

Andrea.- Tengo que preparar la cena…

José.- ¡No seas tramposa!

Andrea.- Limpiar los platos y…

José.- ¡Vamos!

Andrea.- Preparar mis deberes.

José.- (*Dejando de correr y volviendo donde está la niña con la cabeza baja.*) ¿Estás llorando? (*Andrea lo niega.*) Vamos, juguemos un rato más. Estamos empatados y debemos de terminar el juego.

Andrea.- Será mejor que lo dejemos así.

José.- A lo mejor esto te anima (*Le enseña un cigarro arrugado que saca de su bolsillo.*) Se lo saqué a mi papá esta mañana. ¿Los has probado? Yo nunca, pero creo que puede ser entretenido. Además, todo el mundo lo hace. ¿Quieres que lo encendamos?

(Ella coge el cigarro y lo observa. Se lo coloca en la boca.)

José.- ¿Lo encendemos?

Andrea.- (*Haciendo como si fumara.*) Una cajetilla y media al día.

José.- Debemos conseguirnos fuego. Eso será más complicado, pero seguro que alguien nos da si se lo pedimos. De todas formas nos dirá algo estúpido como: te quemarás los bigotes o que somos muy pequeños. Pero no importa. ¿Vamos?

Andrea.- Uno tras otro. Hasta la cocina olía a tabaco.
José.- Tenemos que intentarlo. Yo quiero comenzar a fumar.
Andrea.- En el baño fumabas, en mi habitación fumabas, en el comedor fumabas.
José.- Pero tenemos que estar seguros de que tiene fuego. Si no es así, sería un poco raro.
Andrea.- Fumar y fumar. Incluso fumabas cuando estaba en tu barriga.
José.- ¿Y qué tiene que ver con esto?
Andrea.- (*Lanzando el cigarrillo.*) No me gusta el olor a tabaco.
José.- (*Recogiéndolo del suelo.*) Es que no sabes lo que es fumar. Te da distensión, te hace mayor.
Andrea.- Mi mamá no puede trabajar ni jugar conmigo por eso.
José.- Espérame aquí. No te vayas. Ahí veo a un hombre. (*Sale.*)
Andrea.- Por las tardes venías conmigo y jugábamos en el resbalín hasta que aparecía ese pitido en tu pecho y luego la tos que te hacia ir al banco. Y en ese rincón te sentabas a fumar un nuevo cigarro. Aún no entiendo por qué lo hacías.

*(*Andrea *se queda mirando el banco. Después de un momento mira al suelo y se queda con los ojos fijos en sus pies.)*

José.- (*Desde afuera.*) Con un NO me basta. ¡Suéltame! Tú no eres mi papá. (*Volviendo.*) Te crees que ese tipo quería llevarme a casa y acusarme a mis padres. ¡Imbécil!
Andrea.- Yo tampoco entiendo a los adultos. Mi mamá, algunos días, cuando se peleaba con mi papá le daba por beber vino. Cigarro tras cigarro iba llenando su copa. (*Pausa*) Hasta que un día se fue. Yo estaba feliz por papá.
José.- Es difícil entender a los adultos.
Andrea.- No son unos niños.
José.- Son adultos.
Andrea.- ¿Lancémonos por el resbalín?
José.- Bueno, pero yo primero.

*(*José *corre, se lanza y queda sentado en el resbalín.* Andrea *también se lanza. Cuando chocan ríen, pero de inmediato* Andrea *comienza a gritar.)*

Andrea.- ¡No quiero que me toques! ¡No quiero ni que me mires!
José.- Tú me atropellaste.
Andrea.- ¡No me toques! ¡No me mires! ¡No me digas que me tranquilice!
José.- No te estoy tocando.
Andrea.- ¡No lo hagas! ¡Tú no me mandas!
José.- Mejor encendemos el cigarro.

*(*José *se aleja.* Andrea *va detrás de él.)*

Andrea.- Ahora no te levantas de la cama y estás todo el día enojada mientras gritas: ¡Quiero esto! ¡Quiero aquello!

José.- Alguien nos tiene que pasar fuego. ¿Tú no tienes?

Andrea.- Todo el día pidiendo.

José.- ¡Andrea!

Andrea.- (*Pausa.*) Ya voy mamá. No intentes gritar, el doctor dijo que debías de estar tranquila. ¡Maldita sea! y vuelve a intentar gritar.

José.- Revisa tus bolsillos.

Andrea.- Pero, mamá, por favor. No hay necesidad de llorar. No has perdido la belleza. Yo te sigo viendo linda.

José.- ¿De qué hablas?

Andrea.- (*Silencio. Mirando fijamente a* José.) ¡Qué te importa!

José.- Todas las niñas son igual de tontas. Por eso nunca me junto con ellas. Siempre están con sus cosas. Siempre son tan adultas.

Andrea.- Me voy. Mi mamá debe de estar por llegar.

José.- Disculpa. No debí decir eso.

Andrea.- No.

José.- Lo siento.

Andrea.- Mi mamá está enferma.

José.- (*Pausa.*) Volvamos a jugar… pero esta vez a otra cosa.

Andrea.- Fumar puede producir cáncer.

José.- Eso dicen las cajetillas.

Andrea.- Debería irme a casa.

José.- No te vayas, te lo pido. Mira, si te quedas te doy este caramelo. Si te vas, yo también tendré que irme. Además si te comes el dulce después de fumarte el cigarro nadie sabrá que has fumado. ¿Te quedas?

Andrea.- Me lo quiero comer ahora.

José.- Cómetelo. A mí me da lo mismo. El mío me lo comeré después del cigarro.

Andrea.- Una cajetilla y media. Siempre gritando. Siempre llorando. (*Silencio*) ¡No, mamá, aún no esta lista la comida!

José.-¿Qué dices?

Andrea.- Me quedo, me quedo un rato más. Pero solo un rato. No me gusta caminar sola de noche por las calles.

José.- Ahora la llevas tú.

Andrea.- ¡Corre!

*(*Andrea *corre tras de* José *por un rato. Cuando está segura se lanza y lo derriba. Gritan. Ambos terminan riéndose a carcajadas.)*

Andrea.- ¿Sabes? Deberíamos hacerlo. Deberíamos intentarlo.
José.-¿Qué cosa?
Andrea.- Encender el cigarro.
José.- No tenemos fuego. Cómo lo hacemos.
Andrea.- Yo tengo aquí (*Saca de su bolsillo un mechero rojo.*)
José.- ¿Por qué no me lo diste cuando te lo pedí? Me habrías evitado tener que soportar a ese viejo tonto y su regaño.
Andrea.- Lo siento. ¿Crees que fumar es bueno?
José.- Todos los adultos lo hacen… yo creo que si algo lo hace todo el mundo es porque debe ser bueno. Si no, no lo harían ¿No lo crees?
Andrea.- Mi mamá fumaba.
José.- ¿Y ella es buena?
Andrea.- Antes, antes siempre jugaba conmigo en este parque.
José.- Lo ves, y ella fumaba.
Andrea.- ¿Aún me quieres?
José.- Eres una niña.
Andrea.- Me gustaría que me besaras.
José.- ¡No!
Andrea.- Que me dieras muchos besos antes de dormir. Como lo hacías antes. Yo soñaría feliz, realmente feliz.
José.- No vivimos juntos.
Andrea.- Escuchar tu antigua voz. No esa que parece que… que vomitaras.
José.- ¡Que asco!
Andrea.- ¡Y a mí qué me importa!
José.- Sabes, no te entiendo. No entiendo lo que dices. No entiendo esa forma tan extraña que tienes de hablar.
Andrea.- (*Cogiendo el cigarro.*) ¿Sabes lo que es una laringectomía?
José.- No. Acaso debería.
Andrea.- Mi mamá dijo lo mismo cuando se lo preguntó el médico. Yo estaba sentada a su lado. La explicación fue rápida. Ella perdería sus cuerdas vocales por haber fumado toda su vida. (*Pausa.*) Eso no te impidió que encendieras un cigarro a la salida del hospital.
José.- ¿Por eso has venido sola?
Andrea.- Sí.
José.- ¿Tu mamá está muerta?

Andrea.- No. Como se te ocurre.

José.- Es que… me cuesta entenderte… entender… no soy muy ágil.

Andrea.- Me gusta estar contigo. Me gustas.

José.- Fumemos que ya es tarde y tú mamá puede aparecer.

Andrea.- Ella solo se levanta para venir a buscarme. Después se dedica tan solo a intentar gritar desde su cama.

José.- No te gusta su voz.

Andrea.- Es horrible.

José.- ¿Te da miedo?

Andrea.- Sí.

José.- Entonces tenemos que encender el cigarro ahora.

Andrea.- No te da susto quedar sin garganta.

José.- No. Lo que me da susto es que mi papá me pille.

Andrea.- (*Va encender el cigarro y se detiene.*) Muerta. Siempre dices que estás muerta. Que nada valió la pena.

José.- A tú mamá yo la conozco.

Andrea.- Que tú vida fue un gran fracaso.

José.- Era un bonita mujer.

Andrea.- Dices que soy tu gran error.

José.- Antes que cerraran el parque las veía a las dos riendo y jugando en el resbalín mientras yo me balanceaba.

Andrea.- Ni siquiera me miras cuando te hago cariño.

José.- Yo quería jugar con ustedes.

Andrea.- Ni cuando te beso.

José.- ¿Estás llorando?

Andrea.- Yo no lloro.

José.- Pero tienes cara de pena.

Andrea.- ¿Acaso no soy bonita? (*Silencio.*) Vamos a fumar. Ya soy una mujer y tengo derecho a fumar. (*Pausa.*) Dame un beso.

José.- No quiero.

Andrea.- Entonces tú no puedes fumar. Solo los adultos fumamos. Tú eres un niño y los niños no saben nada acerca del amor. Yo ya lo entiendo, incluso sé lo que es una separación: gritos y llantos. Algunos golpes, pero al final la gente hace su vida sin más. Yo soy una mujer, debo fumar.

José.- Entrégame el cigarro. (*Se lo quita cuando esta apunto de encenderlo.*) Ahora lo enciendo yo y tú esperas.

*(*José *lo enciende y tras una calada comienza a toser.)*

Andrea.- ¡Eres un niño y no sabes fumar!
José.- Es muy fuerte.
Andrea.- Pásamelo.
José.- (*Lanzándolo.*) No quiero.
Andrea.- ¿Te sientes bien? Estás un poco morado.
José.- Tú mamá era esa mujer rubia de pelo crespo, ¿cierto?
Andrea.- ¿La conoces?
José.- Te he dicho que las veía antes de que cerraran el parque a las dos juntas, jugando.
Andrea.- Me tengo que ir.
José.- Ella siempre fumaba.
Andrea.- ¿Dónde has dejado el cigarro?
José.- Creo que nunca más volveré a fumar. El sabor es asqueroso.
Andrea.- Dime: ¿En qué dirección lo lanzaste?
José.- Creo que está bajo el columpio.

*(*Andrea *coge de la mano a* José *y lo lleva al columpio.)*

Andrea.- Respetarme. Yo quiero fumar. Tú no puedes decidir por mí.
José.- Me siento mal. Creo que voy a vomitar.
Andrea.- No me importa que te hayan quitado parte de tu cuello o laringe o como se llame. No me importa ese hoyo en tu garganta. No quiero limpiarlo. No quiero sacar esas flemas verdes que aparecen por ese hoyo. Tú maldito hoyo. Yo quiero fumar y fumaré ahora. Yo nunca seré como tú. Nunca le diré a alguien que quiero, que no me importa.
José.- Me siento mal.
Andrea.- ¿Qué quieres?
José.- Vomitar (*Vomita.*)
Andrea.- Cuidado el cigarro. (*Recogiéndolo.*) Casi lo estropeas. (*Observa el vomito y luego a* José *que está llorando.*) ¡Eres asqueroso!
José.- Te quiero... quiero jugar.
Andrea.- Yo nunca podría querer a un ser tan repugnante como tú.
José.- No me digas eso.
Andrea.- Todo el día te lo pasas llorando. Nunca nada está bien para ti. Nunca nada es suficiente. No quiero estar cerca de ti.

José.- ¡Cállate!

Andrea.- Sabes una cosa: espero que nunca puedas ser feliz. Que siempre seas tan desgraciada como lo soy yo. No te acerques a mí. No quiero que me toques.

José.- No… no te entiendo.

Andrea.- No quiero hacer nada por ti. Déjame aquí. Déjame fumar. ¡Ándate, no quiero verte más! (José *llorando a gritos sale de escena.* Andrea *se sienta en el columpio mientras se balancea comienza a fumar.*) Nunca seré como tú, mamá. Nunca seré como tú. Nunca. No maltrataré a las personas que me quieren. No haré daño solo para hacerme notar. No te quiero. (*Lanzando el humo.*) Y ahí vienes. Eres horrible, tu pelo es horrible, tu delgadez es horrible. (*Da un calada, lanza el cigarro al vomito y luego se coloca de pie.*) ¡Ya voy! ¡¿Qué quieres comer hoy, mamita?!

teatro-mínimo

Real Escuela Superior 1831 de Arte Dramático

t nº uno

RESAD Departamento de Escritura y Ciencias Teatrales